

## CAPÍTULO V.

## ADVENIMIENTO DE LOS VALOIS. FELIPE VI. PRIMERA PARTE DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS (1).

Habiendo sido llamada á reinar sobre el trono de Francia la rama de los Valois, el rey de Inglaterra pretendió tener á la corona tantos derechos como Felipe, y esas pretensiones renovaron entre los dos Estados las antiguas rivalidades que ya les habian costado tanta sangre. En esa nueva lucha, que no duró menos de un siglo y que se llamó con ese motivo guerra de Cien años, Francia sufrió por de pronto los mayores reveses y fué presa de horribles calamidades. La derrota de Crécy, la peste y el hambre la afligieron en los últimos años del reinado de Felipe VI, y la precipitaron en indescriptibles angustias.

§ I. — *Desde el advenimiento de Felipe VI hasta la batalla de Crécy (1328-1346).*

**Advenimiento de Felipe VI.** — Carlos el Hermoso no tenía heredero directo, pero al morir habia dejado á su mujer Juana á punto de ser madre. Confióse la regencia á Felipe de Valois, el pariente más cercano del rey, hasta que diera á luz la reina. Habiendo tenido ésta una princesa, los nobles y los barones proclamaron rey al regente. Sin embargo, los derechos de la casa de Valois no fueron reconocidos universalmente. Eduardo III, que reinaba en Inglaterra desde hacía un año cuando murió Carlos IV, pretendió tener derechos á la corona de Francia por parte de su madre. Pero se le opuso la ley sálica, y disimuló por algún tiempo su resentimiento. Felipe fué á hacerse coronar en Reims y desplegó en esa ceremonia pompa y magnificencia asombrosas para ese siglo.

**Poder del rey de Francia antes de la guerra**

(1) AUTORES QUE CONSULTAR : para el primer período de la guerra de cien años : las *Crónicas de Froissard*, las *Crónicas de San Dionisio*, la *Historia de Carlos V*, por Cristina de Pisán, la *Crónica de Bertrán Duguesclín* por Cuvelier; Chateaubriand, *Estudios históricos*; Barante, *Historia de los duques de Borgoña*; Secousse, *Historia del rey de Navarra Carlos el Malo*; Gaillard, *Rivalidad de Francia y de Inglaterra*, y todas las historias generales de Francia y de Inglaterra.

**con Inglaterra.** — Desde la época de Carlomagno, ningún nuevo monarca habia dispuesto de fuerzas tan imponentes como el nuevo monarca. Felipe de Valois agregaba á los feudos ya reunidos á la corona por sus predecesores, los condados de Valois, de Anjou, del Maine y de Chartres, y se veía de ese modo dueño de las tres cuartas parte del reino. Su derecho de soberanía, que se extendía sobre los feudos que poseían en Francia los reyes de Inglaterra, de Navarra y de Mallorca, le habia hecho recibir el homenaje de esos soberanos. Habíase aliado con los reyes de Bohemia, que se gloriaban de esa amistad. Era pariente de los reyes de Nápoles y de Hungría, y la protección que ejercía sobre los papas, residentes en Aviñón, le daba la mayor influencia relativamente á los negocios eclesiásticos. En tan brillante y próspera situación, Felipe de Valois concibió el proyecto de ponerse al frente de la nobleza y extender á lo lejos el brillo de su nombre y de su poder, por medio de una nueva cruzada. Pero la desdichada rivalidad entre Francia é Inglaterra, que no tardó en reanimarse con nuevo furor, debía retenerlo en sus Estados.

**Pretensiones de Eduardo III.** — El rey de Inglaterra Eduardo III, que era nieto de Felipe el Hermoso, por su madre Isabel, pretendía que el principio que excluía á las mujeres de la sucesión al trono, no era aplicable á su posteridad masculina. Los estados generales, ante los que discutieron el asunto los embajadores del rey de Inglaterra, resolvieron que la exclusión de las hembras y de sus descendientes era la costumbre constitucional en Francia. Eduardo pareció someterse, pero no sin conservar el secreto deseo de hacer valer más adelante sus derechos si se le presentaba ocasión favorable para ello. Sus esperanzas eran tanto más fundadas, cuanto que el ducado de Guena y las demás provincias que poseía en Francia le permitían renovar la antigua rivalidad de Inglaterra contra Francia y sostenerla ventajosamente. También debía hallar apoyo en los flamencos, contra los cuales Felipe VI se vió obligado á tomar las armas casi inmediatamente después de su advenimiento.

**Asuntos de Flandes (1329).** — Habiéndose pre-



sentado el conde de Flandes, Luis I, á prestar pleito-homenaje al rey de Francia, su señor, reclamó al mismo tiempo el apoyo de éste contra los flamencos sublevados. Felipe VI reunió inmediatamente á los grandes, les comunicó la intención que tenía de sostener á su vasallo, y exclamó: « ¡ Quien me quiera que me siga! » Ante esas palabras, todos los caballeros se armaron, y se dispusieron á marchar contra los flamencos. El rey se preparó á esa expedición con actos religiosos, luego fué á hacer que bendijeran la oriflama en San Dionisio, y la entregó al piadoso señor Mile de Noyers. Brujas, Yprés y Cassel eran los centros de la rebelión. Al llegar cerca de esta última ciudad encontraron los franceses á los flamencos, que, para burlarse de aquéllos, habían colocado en lo alto de su campamento un gran gallo de lienzo pintado, con esta inscripción:

Quando este gallo logre cantar,  
El rey á Cassel podrá conquistar.

Los flamencos estaban llenos de confianza en la fuerza de sus murallas y el número de sus batallones. Trabóse el combate al grito de *¡ Mont-joie! ¡ San Dionisio!*, y fué muy sangriento. En poco tiempo quedaron destrozados los flamencos, que dejaron sobre el campo de batalla cerca de veinte mil muertos. El país cesó en su resistencia. Entróse pues en Cassel, aunque no había cantado el gallo. Felipe restableció al conde en todos sus derechos, castigó á los jefes de la rebelión, y volvió á Francia á depositar la oriflama en el altar de San Dionisio, y dar devotamente gracias á Nuestra Señora por la victoria que le había concedido.

**Gloria de Felipe.** — Entonces llegó á su apogeo la gloria del nuevo rey. Sus liberalidades le habían granjeado el afecto de los señores, y su valor había hecho respetable en todo el mundo su autoridad. Su corte brillaba por la presencia de los reyes de Navarra, Mallorca y Bohemia. Los días se pasaban en fiestas y torneos. Sus primos ocupaban los tronos de Nápoles y de Hungría, y Escocia había reclamado su protección. Sintióse entonces bastante poderoso para exigir del rey de Inglaterra que se presentara en per-

sona á rendirle pleito-homenaje por su ducado de Guiena. Eduardo III consintió en ello. Al poner éste sus manos en las del rey de Francia le dijo: « ¿ Os convertís en el hombre del rey de Francia, monseñor que está presente, como duque de Guiena y par de Francia, y le prometéis fe y lealtad? » y entonces el rey de Inglaterra dijo: « Sí. » Pero esta humillante ceremonia le hirió en lo más vivo de su orgullo, y resolvió en su foro interior tomar un día terrible venganza de ella (1331).

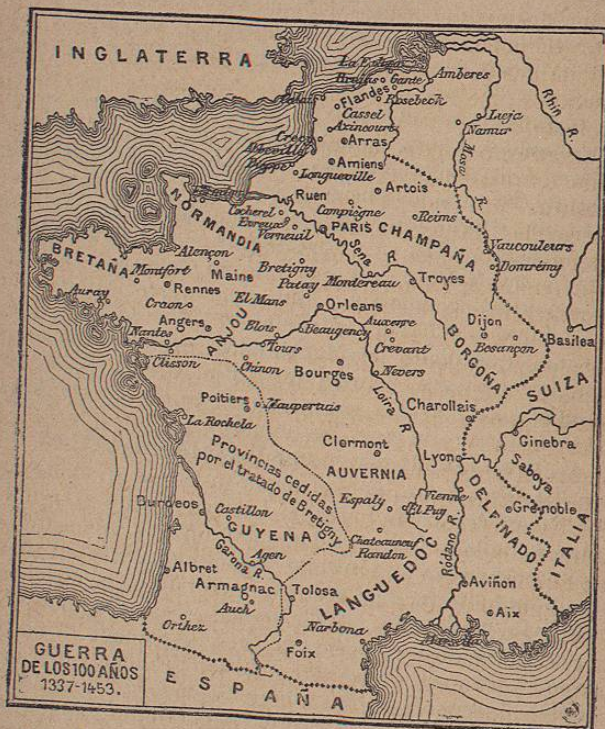
Engañado por el brillo exterior de todos esos acontecimientos, Felipe se dejó desvanecer por la prosperidad, y procedió con todo el mundo sin consideración alguna. Renovó las antiguas leyes favorables á la monarquía, é irritó imprudentemente á Roberto de Artois, declarando nulas sus pretensiones sobre la herencia de su tía Matilde, sin suavizar su fallo por alguna compensación suficiente. Roberto era precisamente el señor que más había contribuído á hacer rey á Felipe. Así fué que tachó de ingratitud la sentencia judicial que lo hería, y se retiró junto á Eduardo III (1334). La guerra entre los dos países fué efecto de los comunes resentimientos de esos dos hombres.

**Artewelde. Ruptura con Inglaterra (1337-1340).**

— La chispa que debía empezar ese gran incendio partió del centro de Flandes. Las crueldades del conde Luis II habían descontentado á todos sus súbditos. Un burgués de Gante, Santiago Artewelde, excitó al pueblo á la rebelión y se puso al frente de los sediciosos. Ese jefe insurrecto había seguido en otra época al conde de Valois en sus guerras de Italia, siendo « lacayo de la frutería de monseñor Luis de Francia. » De allá volvió á Gante, su patria, donde se casó con una fabricante de miel. Ese hombre, de energía infatigable y de asombrosa actividad, iba por todas partes seguido de un grupo de gente armada, para hacer justicia contra lo que llamaba los opresores del pueblo. Había llegado á ser ídolo de las masas, que lo colocaron á la cabeza del municipio de Gante, desde donde hacía temblar al país entero. Sintiendo que su partido necesitaba el apoyo del rey de Inglaterra, demostró á los flamencos que « sin eso no podían vivir, pues todas las Flandes



se fundaban en las pañerías, y sin lanas era imposible fabricar paño, por lo cual aconsejaba que se buscara la amistad del rey de Inglaterra. » Hizo aceptar esas ideas en Yprés, Brujas, Bergues, Cassel y Furnes, y luego se dirigió á Eduardo III para excitarlo á aliarse con él en contra del rey de Francia.



Aquel soberano, ya lleno de fuego por causa de los reñcores de Roberto de Artois, recibió con alegría las proposiciones de Artewelde. Una sola cosa detenía á los flamencos: el juramento que habían hecho de permanecer fieles al estandarte francés. Para obviar esa dificultad, Eduardo tomó el título é insignias del rey de Francia, y en seguida se apresuraron los rebeldes á acogerse bajo las flores de lis de sus banderas.

Esa guerra que Eduardo emprendía agradaba mucho á la nobleza y al pueblo inglés. Todos los caballeros habían hecho voto de no mirar más que con un ojo, mientras no llegaran á distinguirse en Francia con alguna *proeza*. Así era que recorrían todo el Hainaut y la Baja Alemania en busca de aliados, con un ojo cubierto por un pedazo de paño verde. Felipe se alió, por su parte, con Juan III, duque de Bretaña, y así se hallaron dispuestas para una gran guerra las dos naciones.

**Combate naval de la Esclusa (1340).** — Las primeras victorias fueron para los franceses, que obtuvieron una en el mar, apoderándose de Portsmouth, de donde sacaron rico botín, y devastando luego la isla de Guernesey. Eduardo se vengó con saqueos é incendios, y esos desastres fueron seguidos por choques de escasa importancia entre las tropas de tierra. Mas, habiendo sabido Felipe que el rey de Inglaterra iba á desembarcar en Flandes con una escuadra inmensa, resolvió oponerles fuerzas casi iguales. En consecuencia, armó y montó cuatrocientos navíos con cuarenta mil hombres, normandos, picardos y genoveses. Los almirantes franceses despreciaron la opinión del genovés Barbevero, y se obstinaron en combatir delante del puerto de la Esclusa, donde no pudieron desplegar todas sus fuerzas como si se hubiesen hallado en alta mar; y como los enemigos los cercaron en el estrecho espacio que habían ocupado, aquello fué, más que un combate, una destrucción. Los franceses perdieron unos veinte mil hombres, salvándose sólo los bajeles pequeños. El resto cayó en manos de los ingleses (1340). [Eduardo marchó contra Tournai, pero fracasó en la empresa; y Roberto de Artois, que avanzó contra Saint-Omer fué batido por el duque de Borgoña. Agotadas las fuerzas de los dos partidos, pactaron entonces una tregua de un año.

**Asuntos de Bretaña (1341).** — Las turbulencias de Bretaña volvieron á encender en seguida la guerra entre las dos naciones. Habiendo muerto el duque Juan III (1341), el conde de Montfort, su hermano uterino, y su sobrina Juana de Penthièvre, hija del



mayor de sus hermanos, se disputaron la herencia. Juana se había casado con el sobrino del rey de Francia, Carlos de Blois. De una y otra parte se alegaban textos legales que parecían contradictorios. La ley sálica, el derecho consuetudinario, los rescriptos de los emperadores romanos, y hasta la ley mosaica, todo era invocado á falta de razones decisivas y perentorias. Carlos de Blois fué sostenido por Felipe VI, al cual prometió mantener la Bretaña en mayor dependencia de la corona; Juan de Montfort se apresuró, por su parte, á reconocer como rey de Francia á Eduardo III, comprometiéndose á considerar la Bretaña como feudo dependiente de él. De ese modo cada uno de los dos reyes tuvo su candidato al trono ducal.

De ahí resultó, según dice Froissart, una de esas guerras llenas de « encuentros hermosos, actos de caballería, hermosos hechos de armas y hermosas proezas. » Habiendo sido hecho prisionero Juan de Montfort y encerrado en París en la torre del Louvre, la condesa Juana, su mujer, « no obstante que tenía gran luto en el corazón, reunió valientemente á todos sus amigos y sostenedores, y presentándoles un niño que tenía, llamado Juan como su padre, les dijo: ¡ Ah, Señores, no os anonadéis por lo que ocurre á Monseñor que hemos perdido, pues no era más que un solo hombre. Aquí tenéis mi hijo, que será, si Dios quiere, su vengador y que os dará bastantes bienes. » Y así recorrió todas las ciudades; reanimó el valor de sus soldados y sostuvo el peso de la guerra con heroísmo verdaderamente admirable.

Como Carlos de Blois tuviera poco después la misma suerte que Juan de Montfort, su mujer, Juana de Penthièvre imitó el valor de Juana de Montfort, y esas dos mujeres célebres se hicieron una guerra que recibió el nombre de *guerra de las dos Juanas*, en la cual se distinguió por sus hazañas la caballería bretona. Esa lucha no terminó hasta 1363, con el tratado de Guérande, que asignó aquella provincia á la casa de Montfort.

**Muerte de Artewelde (1345).** — Durante esta guerra de Bretaña, en el momento en que los reyes de Francia y de Inglaterra iban á llegar á las manos

por sostener á sus protegidos, los legados del papa habían intervenido, haciendo aceptar á los dos monarcas una tregua que fué firmada en Malestroit, en 19 de Enero de 1343, y que debía durar hasta el día de San Miguel de 1346. Pero el suplicio de Oliverio de Clisson, que Felipe VI había hecho decapitar en París, sin que pudiera reprocharle otra cosa que su fidelidad á Inglaterra, produjo la ruptura de la tregua en 1345.

El rey de Inglaterra tomó á su cargo la venganza de aquel valeroso caballero, y desembarcó en el puerto de la Esclusa, para excitar una rebelión entre los flamencos. Santiago Artewelde había trabajado las ciudades de Gante, de Brujas é Yprés; pero su palabra no tenía ya la misma autoridad. Y es más: el pueblo acabó por no ver en él sino un aventurero, que especulaba con sus infidelidades y que lo vendía al extranjero. En vez de prestar atención á sus proyectos de alzamiento, le ordenó que rindiese cuentas de su administración y empezó á lanzar acusaciones contra él. Ya había sido invadida su casa por amenazadora multitud, cuando Artewelde se presentó en una de sus ventanas para hablar al populacho irritado. Pero á todas sus palabras contestaba la multitud: « Queremos saber, qué ha sido del gran tesoro de Flandes, que habéis dispersado sin razón. » Pidió un día para justificarse. « No, le respondieron, queremos ver las cuentas en el acto. No os escaparéis así, pues sabemos la verdad. Sabemos que lo habéis vaciado y enviado á Inglaterra sin nuestro consentimiento, por lo cual vais á morir. » Astewelde procuró en vano salvarse. Apoderóse de él la multitud, y lo degolló *villanamente y sin piedad*. Ese fué un apoyo de menos para el rey de Inglaterra. La política de Felipe le había arrebatado, además, la ayuda del conde de Hainaut, pero todo ello no impidió que la guerra fuera fatal á Francia.

**Expedición de Eduardo III á Francia.** — El rey Eduardo desembarcó en Normandía, en la Hogue Saint-Vaast, y devastó toda la península del Cotentin. Los ingleses se apresuraron en seguida á marchar sobre Caén, que no pudo oponerles seria resistencia. Saquearon la ciudad y se precipitaron en Ruán, donde creían hallar el mismo botín, pero el ataque fracasó.



Entonces tomaron por la orilla izquierda del Sena, quemando y saqueando las ciudades de Pont-de-l'Arche, Vernón, Meulán, Louviers, y así llegaron hasta Poissy. De allí mandó Eduardo III algunos ojeadores á pegar fuego al castillo de Saint-Germain, á los burgos de Nanterre, Rueil y á todos los pueblos hasta Neuilly. La vista de las llamas asustó á los parisienses; el castillo de Montjoie de la abadía de San Dionisio fué también víctima de esas devastaciones, y por un momento se creyó que nada resistiría al furor de los ingleses.

Sin embargo, habiendo reunido Felipe VI su ejército por la parte de San Dionisio (Saint-Denis), presentó batalla á Eduardo; pero éste, sintiéndose demasiado débil para sostener la lucha, marchó sobre Beauvais, pasó bajo los baluartes de esa ciudad y se detuvo delante del Somma. Totos los puentes estaban bien guardados, y Eduardo se vió en vísperas de ser cercado por los franceses, que le estrechaban de cerca y que se hallaban ya á la vista de Amiens. Un traidor le designó un vado del río, y así pudo pasar á la otra orilla; entonces fué á tomar posición en una colina, por encima del pueblo de Crécy, al oeste de Abbeville, y allí esperó al ejército de Felipe.

**Batalla de Crécy** (26 de Agosto de 1346). — Los ingleses estaban perdidos, si sus adversarios hubieran sido prudentes; pero al hallarse frente al enemigo, los franceses se dejaron arrastrar por su ardor caballeresco. « Ni el rey ni los mariscales pudieron ser dueños de su gente, pues había allí grandes personajes y señores que querían mostrar su poder. Así fué que se lanzaron en ese estado, sin arreglo ni orden, antes de estar cerca de los enemigos ó de verlos en su presencia. Cuando los ingleses vieron que los franceses se aproximaban, se levantaron con mucho orden y sin temor alguno, formándose en batalla. Cuando el rey Felipe llegó al sitio donde los ingleses estaban, parados y en buen orden, y los vió, ardióle la sangre, pues los detestaba con todo su corazón, y dijo á sus mariscales: « Haced que avancen nuestros genoveses y que dé principio la batalla, en nombre de Dios y de mi señor San Dionisio. »

Los príncipes franceses se expusieron valerosa-

mente á los golpes, atravesando la línea de los arqueros ingleses y yendo á dar contra la de los gendarmes, que estaban mandados por el joven príncipe de Gales, quien apenas tenía diez y seis años. El choque pareció tan terrible, que los generales aconsejaron á Eduardo que hiciese avanzar su tercera división, que tenía en reserva; pero el rey se negó, diciendo que quería « que el infante ganase sus espuelas. » En ese combate se sirvieron los ingleses de armas de fuego, pero los cañones estaban tan groseramente fabricados, que hacían más ruido que mal. Las flechas de los arqueros ingleses y las lanzas de los gendarmes fueron más funestas que todas las demás armas á los caballeros franceses. Once príncipes de éstos, con mil doscientos señores ó caballeros, y treinta mil soldados quedaron sobre el campo de batalla. Felipe huyó después de haber recibido dos heridas. Llegó á las puertas del castillo de la Broye cuando ya hacía noche cerrada. El rey hizo llamar al castellano, que asomándose á una tronera, preguntó: *¿Quién viene á llamar á esta hora?* Felipe contestó: *¡Abrid, abrid, es el infortunado rey de Francia!*

§ II. — Desde la batalla de Crécy hasta la muerte de Felipe VI (1346-1350).

**Sitio de Calais.** — Eduardo hubiera podido marchar sobre París, pero tuvo por más prudente replegarse hacia la parte del mar para afianzar su dominación sobre las costas. Con tal fin, puso sitio á Calais. Todas las grandes ciudades de Inglaterra, Dover, Bristol, Plymouth, Yarmouth, Sandwich, enviaron á Eduardo grandes socorros para que pudiese destruir á dicha plaza, pues importaba mucho al comercio que el estrecho fuera absolutamente libre, y que los barcos ingleses pudieran abordar fácilmente en Flandes y demás puntos de la tierra firme. El sitio se transformó en bloqueo. Los sitiados resistieron valerosamente, esperando siempre que el rey de Francia acudiera á salvarlos; Felipe se acercó, en efecto, á la ciudad con un ejército: pero viendo las fortísimas posiciones que ocupaba su enemigo, tomó la resolución de retirarse. Los de Calais, vencidos por el hambre, enviaron á



Juan de Viena para tratar de la capitulación. El rey de Inglaterra les hizo decir « que para obtener perdón, debían entregarle seis de los más notables burgueses de la ciudad, que habían de presentársele descubiertos y descalzos, con la soga al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos, entregándose á discreción. » Juan de Viena reunió á todos los burgueses de la ciudad y les manifestó las condiciones que dictaba el vencedor.

**Eustaquio de San Pedro.** — Al conocer la exigencia de Eduardo, fué universal la consternación. No



Eustaquio de San Pedro y los burgueses de Calais.

sabían cómo designar las seis víctimas reclamadas. Mas, de pronto Eustaquio de San Pedro, el burgués más rico de la ciudad, se adelantó y dijo á sus conciudadanos : « Señores, grandes y pequeños, sería grande error dejar morir tal gente. Yo tengo mucha esperanza de obtener el perdón de Nuestro Señor, si muero por salvar á este pueblo ; así, quiero ser el primero. » Asombrados por ese lenguaje, todos se echaban á sus pies, regándose los con el universal llanto. Otro ciudadano, Juan de Aire, anunció que acompañaría á su compadre el señor Eustaquio ; ofrécese con análoga abnegación, dos hermanos, Santiago y Pedro de Wissant ; y por fin el número se completa con otros

dos notables cuyos nombres no ha conservado la historia.

Cuando esos seis hombres estuvieron prestos, se abrieron las puertas de la ciudad y los siguieron con la vista hasta que llegaron á la entrada del campamento del rey Eduardo. Presentáronse descalzos, con la soga al cuello, en la tienda del monarca para oír su sentencia.

Eduardo los esperaba, rodeado por todos los grandes señores de su corte, en la plazuela formada delante de su alojamiento. « Señor, le dijo Gualterio de Mauny, aquí está la representación de la ciudad de Calais á vuestras órdenes. » El rey permaneció sin moverse y los miró con aire muy cruel, pues odiaba en extremo á los habitantes de Calais, por causa de los grandes daños y contrariedades que le habían producido en otra época sobre el mar. Esos seis burgueses se echaron en seguida á los pies del soberano, y dijeron así, con las manos juntas : « Noble señor y noble rey, aquí estamos los seis, que hemos sido siempre burgueses de Calais y grandes mercaderes ; aquí os traemos las llaves de la ciudad y del castillo de Calais, y las entregamos á vuestro arbitrio, y nos ponemos á vuestra voluntad, hasta el punto que veis, por salvar al pueblo de Calais, que ha sufrido mucho. Tened piedad de nosotros y hacednos gracia, por vuestra muy alta nobleza. » Ciertamente, no hubo entonces allí señor caballero ni hombre de corazón que pudiera abstenerse de llorar de lástima, ó á quien no se le añudase la voz en la garganta. El rey los miró con ira, pues tenía el corazón tan duro y tan irritado el ánimo, que no pudo hablar, y cuando lo hizo fué para mandar que les cortaran inmediatamente las cabezas. Todos los barones y caballeros presentes, suplicaron llorando al rey, que quisiera tener piedad y hacer gracia á los burgueses ; pero no quiso oír nada. Sir Gualterio de Mauny habló á su vez en favor de Eustaquio y de sus compañeros ; pero Eduardo rechinó los dientes y dijo : « Que venga el ejecutor. » La noble reina de Inglaterra que estaba en cinta y lloraba tan tiernamente de piedad, que no podía sostenerse, hizo entonces gran acto de humildad, y poniéndose de rodillas delante de su



rey y señor dijo: « ¡Ah, noble señor, desde que con gran peligro pasé el mar, no os he pedido ni rogado nada. Pues ahora os suplico y requiero humildemente para que me hagáis un presente, por el hijo de Santa María y por mi amor, y es tener piedad de esos seis hombres. » El rey estuvo sin hablar un instante, mirando á la buena señora su mujer, que lloraba muy tiernamente puesta de rodillas, y se le ablandó el alma, pues con dificultad la hubiera contrariado hallándose la reina en aquella situación, y dijo: « ¡Ah, señora, preferiría que estuviéseis en otra parte, en vez de hallaros aquí. Me rogáis con tanta instancia, que no me atrevo á negaros lo que me pedís, y aunque lo hago con pena, tomadlos, os los entrego, puesto que tal es vuestro deseo. » La buena señora dijo: « Monseñor, muchísimas gracias. » Entonces se puso de pie la reina, hizo que la imitaran los seis burgueses, mandó que les quitasen las sogas del cuello, y se los llevó á su cuarto, donde los obligó á revestirse y á comer; y luego, dando á cada uno seis nobles (monedas de oro), ordenó que los llevaran fuera del campamento en seguridad (3 de Agosto de 1347) (1).

**Peste de Florencia.** — Después de esa conquista, el soberano pontífice Clemente VI, que no deseaba más que la paz en interés de la Iglesia, interpuso su mediación entre los dos príncipes, y les hizo firmar una tregua de un año (26 de Septiembre de 1347), que se prolongó hasta 1355. Francia fué por entonces víctima de dos horribles calamidades, la peste y el hambre. La primera, que se ha llamado *peste negra* ó *peste de Florencia*, porque ejerció sus primeros estragos en esa ciudad, apareció en el Languedoc, donde se decía que había venido de *ultramar* por Lombardía. Allí causó horribles estragos durante ocho meses, pasando después á Francia. El primer caso ocurrió en Roissy pequeño pueblo cerca de Gonesse. Desde ahí se difundió por todo el reino. « En muchos puntos, dice el continuador de Nangis, de cada veinte hombres, quedaron apenas dos con vida. En el Hôtel-Dieu de París la mortandad fué tan grande que durante cada día

(1) Froissart, libro I, parte primera, cap. cccxxi.

salían de él en carros, camino del cementerio de los Inocentes, quinientos muertos. » En París perecieron de la plaga ochenta mil personas, y en San Dionisio unas diez y seis mil. Esa calamidad recorrió toda Europa, llevándose la cuarta parte de sus habitantes. En diversas localidades se acusó á los judíos y á algunos malos cristianos de haber envenenado las aguas y les dieron muerte.

**La gabela.** — Para atender á los gastos de la guerra había recurrido Felipe VI á los mismos medios inicuos y odiosos de que se sirviera Felipe el Hermoso, dictando decretos de expoliación contra los judíos y los mercaderes italianos, arrancando al clero subsidios injustos, y apropiándose, bajo el nombre de *regalias*, los derechos percibidos por los patronos sobre los beneficios vacantes. También recurrió á la alteración de la moneda, y abusó hasta tal punto de esa medida desleal, que en 1342 varió casi cada semana el precio del dinero. Al mismo tiempo, vendió puestos judiciales y creó nuevos impuestos. Una ordenanza de 1343 estableció que el rey de Francia tendría el monopolio de la sal, y que este artículo no podría venderse más que en las *gabelas* ó graneros del rey. Ese impuesto hizo que lo llamaran autor de la ley *sálica*. También estableció una contribución de cuatro dineros sobre todas las ventas, estorbando las transacciones mercantiles. Los estados generales habían decretado en 1338 que los reyes « no impondrían al pueblo ningunas cargas extraordinarias, sin consentimiento de los tres brazos, y que así deberían jurarlo en el momento de su coronación. » Pero ese gran principio, que establecía que la nación no debía el impuesto más que cuando lo consentían sus representantes, fué violado constantemente por Felipe de Valois. Los estados generales de la lengua de *oíl*, reunidos en París, y los de la lengua de *oc*, convocados en Tolosa en 1348, reclamaron contra los abusos, pero no pudieron obtener su fin.

**Adquisición de Montpellier y del Delfinado.** — Felipe VI añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpellier y el Delfinado. El primero lo compró á Jaime II, rey de Mallorca, por una suma de ciento veinte mil escudos. El Delfinado le fué cedido por Humberto II, conde de Viena, que llamaban el



delfín del Viennois, porque en las armas de su casa había un delfín. Ese vendió sus Estados al rey de Francia en 1349 por 20.000 florines, bajo la condición de que el heredero presunto de su corona llevaría en adelante el título de Delfín. Esa adquisición era importante, porque llevaba las fronteras de Francia hasta los Alpes, que le servían de baluarte por aquel lado. Felipe VI murió un año después de esa adquisición (1350). Ese príncipe poseyó todas las virtudes de un caballero leal y valeroso, pero careció de las cualidades que caracterizan á los grandes reyes.

*Resumen de este capítulo.* — Como la extinción de los Capetos directos hiciera surgir en los reyes de Inglaterra pretensiones á la corona de Francia, estalló de nuevo la rivalidad entre las dos naciones, dando origen á una guerra secular, que por tal motivo ha recibido el nombre de guerra de los cien años. Esa lucha se divide en dos periodos: el primero comprende los reinados de Felipe VI, de Juan el Bueno y de Carlos V; el segundo los de Carlos VI y de Carlos VII.

I. Felipe VI principió esa terrible lucha. Tenía á su disposición fuerzas imponentes, y podía gloriarse de poseer las mayores alianzas de Europa. Empezó con fortuna, pues habiéndose rebelado los flamencos contra su conde, Luis I, Felipe tomó partido por su vasallo, triunfó de los sediciosos en Cassel y los sometió á la ley. Entonces exigió que el rey de Inglaterra le prestara pleito homenaje (1331), y vió reunidos en su corte á los principales soberanos de Europa. Tanta suerte lo desvaneció; habiendo dictado una sentencia que disgustó á Roberto de Artois, eso sirvió de pretexto para que empezase de nuevo la lucha entre Francia é Inglaterra (1337). La Flandes se alzó, instigada por Santiago Artewelde, y los rebeldes llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra. Después de obtener algunas ventajas, los franceses perdieron la batalla de la Esclusa (1340), á la cual siguió una tregua entre los dos países (1341). Pero las turbulencias de Bretaña y los asuntos de Flandes reanimaron casi inmediatamente las hostilidades. Esta vez Eduardo III no pudo ser secundado por Artewelde, como en sus primeras campañas; ese jefe de rebeldes había perdido su popularidad, y hasta sido degollado por los flamencos (1345). Sin embargo, los acontecimientos le fueron favorables; el ejército francés fué deshecho en la batalla de Crécy, donde pereció toda la flor de la nobleza de Felipe VI (1346).

II. Sin embargo, el rey de Inglaterra no sacó de esa victoria todo el partido que hubiera podido. Contentóse con sitiar á Calais. En esa circunstancia es de admirar la abnegación de Eustaquio de San Pedro y de sus compañeros. Después de la toma de dicha ciudad, el soberano pontífice logró que los dos soberanos pactaran una tregua que duró hasta (1355). Entonces fué Francia assolada por dos plagas terribles, el hambre y la peste. Felipe VI renovó las exacciones de Felipe el Hermoso, y

estableció la *gabeta* ó estanco de la sal en su favor. Añadió á los dominios de la corona el señorío de Montpellier y el Delfinado, y murió después de reinar 22 años (1350).

## CAPÍTULO VI.

JUAN. LOS ESTADOS GENERALES Y ESTEBAN MARCEL.  
LA JAQUERÍA. TRATADO DE BRÉTIGNY.

Durante este reinado, lo mismo que en el precedente, continúa la lucha entre Francia é Inglaterra con las mismas calamidades y los mismos desastres. Juan II posee el espíritu caballeresco, como su padre, pero es más imprevisor y pródigo aún. En lo interior del reino se perpetúan las mismas exacciones y abusos; el desastre de Poitiers renueva el de Crécy y tiene consecuencias más funestas todavía, porque el rey y la nobleza se vieron obligados á arruinarse y arruinar al mismo tiempo á la nación para pagar su rescate. Y como el cautiverio del rey dejó que todos los órdenes del Estado quedaran abandonados á su espíritu de independencia, resultó horrible anarquía.

§ I. — Desde el advenimiento del rey Juan hasta su cautiverio.  
*Batalla de Poitiers (1330-1356).*

**Carácter de ese príncipe.** — Juan el Bueno tenía treinta y un años cuando subió al trono. El nuevo rey había recibido brillante educación; pero nadie lo había iniciado en el conocimiento de los hombres y de su siglo. Eduardo III había triunfado de Felipe de Valois, porque lo atacó con tropas permanentes y regulares, y porque toda su conducta en la lucha se ajustó á principios de táctica que constituían un progreso sobre los tiempos anteriores. Juan el Bueno no sólo no pensó en aprovechar la lección que los suyos habían recibido, sino que ni siquiera la comprendió. Gobernó al reino con imaginación verdaderamente caballeresca, y sólo brilló por la viveza de su valor y la magnificencia de sus dádivas. Empezó por crear una orden nueva, que se llamó *Orden de la Estrella*, porque todos los caballeros de la misma debían llevar una estrella en su *toquilla* ó en el *ferreruelo*. Juan no pensaba más que en fiestas y torneos, y autorizaba los combates singulares en recuerdo de los duelos jurídicos sancionados por la legislación feudal. Esos caprichos hubieran